

## El taller de los iguales

**E**n 1969, un amigo de mi padre que trabajaba en la Universidad Católica, me sugirió que postulara ahí porque le parecía una buena alternativa para encauzar mis ganas de aprender. Después de intentarlo tres años seguidos, recibí un telegrama diciendo que me presentara en la Oficina de Personal a una hora determinada. Quedé contratado.

Llevaba apenas una semana en la Casa Central cuando me llamó Hernán del Valle, director de personal, para ofrecerme una oportunidad un poco excepcional, porque consideraba que yo podía solucionarle un problema que tenía con sus queridos y «locos» amigos de la Escuela de Arquitectura: la gente que mandaba para allá no duraba más de un día en su cargo. Partí como electricista a trabajar con el profesor ayudante Bruno Barla, que junto a Claudio Girola, jefe de Extensión, montaba exposiciones. Yo iluminaba, pero también hacía todas las tareas que fueran necesarias. Un día se apareció Pino Sánchez, el más temido, encargado de la casa, a decirme: «Parece que nos vamos a entender».

Entre las muchas labores que realizaba, cada vez que me quedaba un rato libre subía a la imprenta —en manos de Pedro Bosagna y su ayudante, personal de Salesianos. Ellos empezaron a pedirme pequeñas colaboraciones y así me picó el bichito de la gráfica. En 1975, se disolvió la sociedad con Salesianos, la imprenta quedó sin personal y Pepe Vial y Fabio Cruz, directores de la Escuela, que habían notado mi interés, me invitaron a conformar un nuevo equipo responsable con Héctor Olivares, diseñador recién egresado, donde yo llevaría la parte técnica y él la administrativa. Un grupo de gente joven dirigido por Claudio Girola.

A través de un amigo que dirigía la imprenta en la Universidad Santa María, pude inscribirme

en el curso impartido por Grace y Compañía, proveedores de la primera y única máquina que tuvimos en la Escuela: una Multilith Offset Modelo 1850, la que fuimos complementando con ayuda de colaboradores externos (como fotomecánica).

Se armó un equipo multidisciplinario, con nosotros en la imprenta, Alejandro Garretón en grabado, José Balcells en escultura, y sus ayudantes académicas que iban cambiando según los semestres: Soledad Canobra, Sylvia Arriagada, la Mono Aspillaga. Nos juntábamos todos los martes a tomar el té y a rendir las cuentas de la semana, a lo que se sumaba Godofredo Iommi. Siempre terminábamos hablando de cine, de música o de fútbol —de esto último, Godo y Claudio eran fanáticos y rivales. Se armó un espacio para la investigación gráfica, para realizar las tesis de los alumnos y para trabajar con Ediciones Universitarias.

Ese taller fue muy enriquecedor porque en él se discutían los aspectos técnicos para beneficiar el proyecto general, sin tratar de sacar dividendos propios. Si teníamos que hacer originales, los hacíamos entre todos, una pega lenta, impulsada por el maestro que fue Claudio Girola, quien decía: «Aquí no hay jefe de nada, todos bailamos al compás de la misma música». Fue el que le dio ese carácter colectivo y transversal al taller, y en particular me ayudó a descubrir virtudes que yo no había explorado. Y un hecho que recuerdo con mucho cariño, es que al margen de mis obligaciones oficiales, me invitó a participar de la creación de esculturas para Travesía, un oficio que según él iba a complementar mi desarrollo profesional. Así dividía mi tiempo entre la imprenta y el taller de escultura en el Cerro Castillo, donde los almuerzos que compartimos me siguen pareciendo memorables.

Adolfo Espinoza Bernal